



Paseo por el cementerio de La Planilla de Calahorra

TEXTO: Ana Jesús Mateos Gil

FOTOGRAFÍAS: Fondo fotográfico del IER

Se propone una visita al camposanto calagurritano como museo, para admirar sus valores arquitectónicos y escultóricos, destacando los diferentes estilos de las sepulturas conservadas y la importancia de otros elementos de hierro como cruces de cementerio y rejas.

Ángel del panteón Irazábal.





Es un proyecto tradicional, que muestra un recinto rectangular cerrado con una tapia de albañilería y organizado interiormente en manzanas más o menos cuadradas para enterramientos, separadas por calles que se cruzan ortogonalmente

El cementerio viejo de Calahorra (cementerio de La Planilla) está situado en el suroeste de la ciudad, frente a las piscinas municipales. Su construcción se remonta a 1887, aunque los terrenos ya hubieron de ser destinados a enterramientos en 1885, durante la epidemia de cólera que asoló toda España. El proyecto fue elaborado por Saturnino Martínez Ruiz (Calahorra, 1842 - Burgos, 1930), arquitecto titulado por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en 1869 y que desplegó su actividad especialmente por las ciudades de Logroño, Soria y Burgos.

Es un proyecto tradicional, que muestra un recinto rectangular cerrado con una tapia de albañilería y organizado interiormente en manzanas más o menos cuadradas para enterramientos, separadas por calles que se cruzan ortogonalmente. Por supuesto, el proyecto acataba toda la normativa vigente: el suelo es apto para enterramientos, el cementerio está alejado del núcleo urbano, carece de nichos y cuenta con todas las dependencias necesarias: ermita frente a la portada principal, almacén de utensilios y materiales (ángulo noreste), osario (noroeste), sala de autopsias (suroeste) y depósito (sureste), además de cementerio de disidentes o cementerio civil para los fallecidos al margen de la fe católica, y un pabellón administrativo que alberga las oficinas



Panteón de Guillerma Ágreda.

en el piso inferior y la vivienda del conserje-sepulturero en el superior (actual pabellón de acceso).

El cementerio construido se ajustó plenamente a lo trazado y, aunque las previsiones de capacidad se cifraron en veinte años, los problemas de saturación fueron constantes. Por ello, en 1932 se amplió el recinto hacia el Norte y desde 1938 se construyeron nichos adosados a la tapia, circundando tres de los cuatro

Son precisamente estas sepulturas el principal valor del cementerio de La Planilla, lo que le hace merecedor de una visita



Cabecera del panteón de Blas Álvarez.

lados del camposanto. En 1965 se amplió el cementerio hacia el Oeste, dando lugar a un espacio duro y seco, sin vegetación y dominado por los bloques de nichos, que contrasta vivamente con el recinto original, poblado de sepulturas de suelo que forman un conjunto abigarrado.

Son precisamente estas sepulturas el principal valor del cementerio de La Planilla, lo que le hace merecedor de una visita. El conjunto de sepulturas despliega un amplio abanico de representaciones y estilos artísticos que reflejan a la perfección la evolución social y artística en Calahorra durante los años que estuvo en servicio (1887–2003). Como sucedió en la mayor parte de las poblaciones, el terreno fue cedido por el Ayuntamiento a los vecinos por largos periodos de tiempo y esto permitió la aparición de las sepulturas artísticas, auténticos

monumentos funerarios en los que además de recordar eternamente a los difuntos (de ahí la multiplicación de datos personales, inscripciones y fotografías), el lenguaje artístico fue empleado para plasmar el estatus social y económico de las familias, incluso más allá de la muerte. Si tenemos en cuenta que Calahorra era, a comienzos del siglo XX, la ciudad con mayor concentración de industria conservera de todo el país, no es de extrañar que los panteones más imponentes estén relacionados con los principales industriales (fabricantes de conservas, de envases metálicos, de abonos, muebles y calzado), a los que hay que añadir comerciantes y profesionales liberales (abogados, notarios, procuradores, veterinarios, farmacéuticos, médicos, fotógrafos, hosteleros), además de las grandes fortunas tradicionales ligadas a la propiedad de la tierra.

Una vez traspasado el umbral nos encontramos con una serie de calles flanqueadas por cipreses, que definen cuadros de enterramiento dominados por cruces y esculturas. La primera impresión es de orden, paz y serenidad. Los árboles y la sensación causada por el abigarrado conjunto impiden apreciar los detalles aunque pronto la vista empieza a descubrir bellas imágenes de ángeles y panteones de gran empaque cerrados con rejas, que invitan a recorrer las calles con cierta calma.

Los árboles y la sensación causada por el abigarrado conjunto impiden apreciar los detalles aunque pronto la vista empieza a descubrir bellas imágenes de ángeles y panteones de gran empaque





Un buen lugar para iniciar la visita es la portada principal, muy sencilla, con cierre de reja en la que puede leerse la fecha de 1888, año de la bendición del camposanto. La calle de los Santos Mártires, que une la portada con la pequeña ermita, fue considerada la principal del recinto por lo que alberga algunas de las sepulturas más antiguas, con cabeceras dominadas por una estela clasicista apenas decorada y cerradas con rejas muy simples, como el panteón de Guillerma Ágreda (hacia 1910). Algunos de estos sepulcros fueron proyectados por el maestro de obras Hermenegildo Vivanco, como el de Román de Felipe (1892).

Ya desde los primeros años es evidente una fuerte tendencia hacia el decorativismo, plasmada en sepulcros en los que abundan columnas, pilares, grandes ménsulas y cornisas molduradas, frontones, esculturas figurativas y otros elementos de claro sabor clasicista. El máximo exponente es el panteón de los Hijos de Rafael Díaz (hacia 1892), fundador de la primera fábrica de conservas

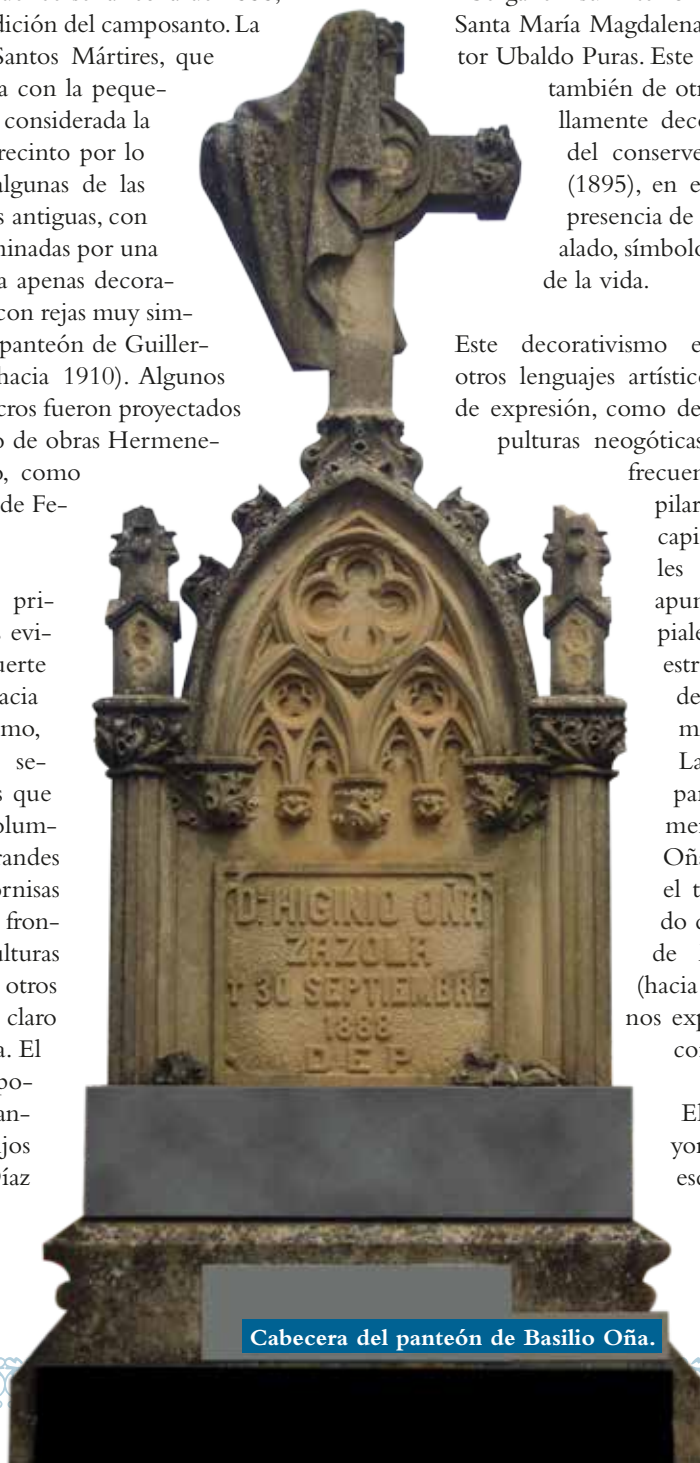
de Calahorra, y que está inspirado en el humilladero situado junto al convento del Carmen.

Alberga en su interior una imagen de Santa María Magdalena, obra del escultor Ubaldo Puras. Este escultor es autor también de otros sepulcros bellamente decorados, como el del conservero Blas Álvarez (1895), en el que destaca la presencia de un reloj de arena alado, símbolo de la fugacidad de la vida.

Este decorativismo emplea también otros lenguajes artísticos como medio de expresión, como demuestran las sepulturas neogóticas, en las que es

frecuente encontrar pilares fasciculados, capiteles vegetales corridos, arcos apuntados, conopiales y lobulados, estribos, tímpanos decorados y remates en gablete. Las tracerías del panteón del comerciante Basilio Oña (hacia 1900) y el tímpano esculpido con dragones del de Martina Toledo (hacia 1901) son buenos exponentes de esta corriente.

El periodo de mayor esplendor de la escultura coincide con el Modernismo (1910-1925), y es en este momento cuando se



Cabecera del panteón de Basilio Oña.



multiplican las sepulturas con imágenes de ángeles. En ocasiones son niños, a veces adolescentes o jóvenes, seres ambiguos o de apariencia femenina que expresan dolor contenido, serena melancolía o dulce esperanza. Como ángeles de la guarda, su misión es acompañar el alma en su viaje al más allá y por eso aparecen en las actitudes más variadas: pidiendo silencio, en oración, haciendo una ofrenda floral, custodiando el sarcófago o abrazados a una cruz. Los ángeles más bellos del cementerio de Calahorra proceden del taller Buzzi-Gussoni de Zaragoza, como el del panteón Irazábal (hacia 1913-1914) o los tres ángeles orantes que encontramos en el de Francisca Hernández (década de 1910). Este mismo taller creó un tipo de sepulcro muy original y que no se encuentra en otras localidades riojanas, caracterizado por contar con una pequeña sala de ofrendas inferior que sirve para elevar el cuerpo superior en el que hay gran profusión de relieves y esculturas. Buena muestra de



Panteón de Cayetano Martínez de Baroja.

ello son los panteones de la familia Arenzana (1916), con un pilar secessionista rematado en cruz y las virtudes cardinales y el de Anselmo Gil (1918). También es este el momento de mayor esplendor de la decoración vegetal, siempre carnosa y naturalista, que refleja perfectamente la realidad y permite identificar las distintas especies vegetales.

Pero aunque podamos ver sepulcros netamente clásicos, neogóticos o modernistas, la mayor parte son eclécticos, es decir, que juntan elementos procedentes de diferentes estilos. Así, el panteón-capilla del conservero Cayetano Martínez de Baroja (1918) parece inspirado



Panteón de Anselmo Gil.

El periodo de mayor esplendor de la escultura coincide con el Modernismo (1910-1925), y es en este momento cuando se multiplican las sepulturas con imágenes de ángeles



Ángel del panteón de Ángel Oliván.

En los años 30 el Racionalismo supone un punto de inflexión y la búsqueda de nuevas formas de expresión más austeras

se convierten en criaturas angulosas de alas geometrizadas (panteón de Ángel Oliván, hacia 1936) y de aspecto en ocasiones inquietante (panteón de la familia Esparza, hacia 1945).

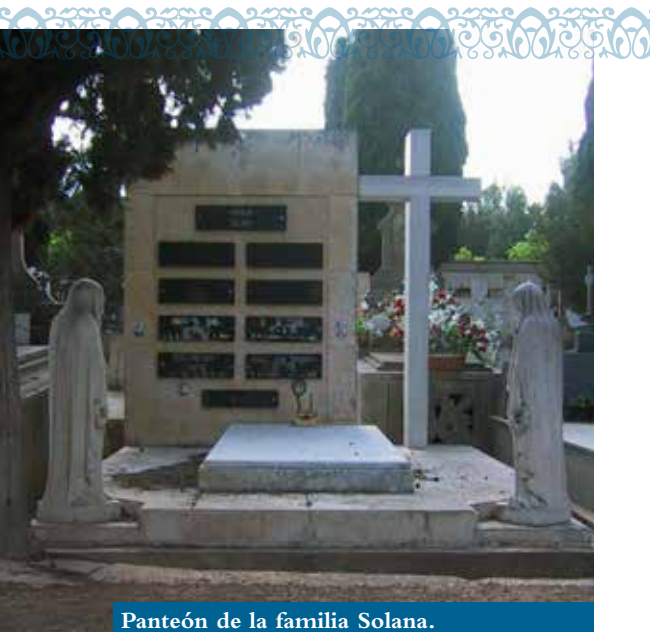
A partir de los años 40 las sepulturas comienzan a fabricarse de forma seriada e industrial. Esto, unido a la crisis económica y a la popularización de los enterramientos en nichos tiene como consecuencia la homogeneización y estandarización de los tipos. Durante los años 40 y 50 se repiten incansablemente media docena de modelos dominados por una austera cruz de piedra artificial, siempre vacía para incidir en la idea de la resurrección. A partir de los 60 irrumpe el mármol, especialmente de color gris oscuro, en el arte funerario. En los 70 se generaliza el mármol blanco, también con un número limitado de modelos repetidos. Y

en una iglesia románica aunque la decoración vegetal y sobre todo el retablo son de base modernista. Y el del comerciante Plácido Madorrán (1918-1919) aún un templete *in-antis* de tradición clásica con una escalera de influencia barroca y decoración modernista.

En los años 30 el Racionalismo supone un punto de inflexión y la búsqueda de nuevas formas de expresión más austeras, concretadas en cabeceras apenas decoradas y dominadas por una gran cruz, como las de los panteones de Francisco Moreno (años 30-40) y Lana-Beaumont (años 30-40). Pero esta tendencia no implica la desaparición de los ángeles, que



Ángel del panteón de la familia Esparza.



Panteón de la familia Solana.

en las últimas décadas han primado nuevos valores, lo que se traduce en la introducción de nuevos colores y tonos (marrones, gris claro), los juegos de colores (blanco y negro, gris y negro) y de texturas (liso-rugoso) en la misma sepultura, además de la búsqueda del vacío como valor volumétrico. A pesar de esta seriación y austeridad, la escultura sigue estando presente, por ejemplo en los dolientes del panteón Solana (años 70-80).

Pero la escultura no es el único valor de este cementerio; también hay que destacar la importancia de lo que podríamos denominar las Artes del Hierro, que incluye el trabajo de este material en su doble faceta: fundido y forjado. Aunque ahora podamos considerarlo un arte menor por su factura industrial o semi-indus-

La escultura no es el único valor de este cementerio; también hay que destacar la importancia de lo que podríamos denominar las Artes del Hierro



Cruz de cementerio en la zona de los eclesiásticos.

trial, hay que tener en cuenta que el hierro fundido se incorpora al arte funerario en el siglo XIX por lo que su aparición es signo de modernidad y supone el empleo de los medios técnicos más avanzados del momento.

Uno de los aspectos que más sorprenden al visitante es la gran cantidad de cruces de hierro fundido que pueden apreciarse. Calahorra conserva la mayor colección de cruces de cementerio de La Rioja, con unos 360 ejemplares de más de 40 modelos diferentes. Las más antiguas proceden de la fábrica de Albert Corneau en Charleville (Francia) aunque la mayor parte son de origen español, especialmente de la fundición Aguelo de Zaragoza. Estas cruces son siempre de gran calidad técnica y decorativa y suelen representar a Jesús crucificado o a la Virgen entre motivos de entrelazos, ramas vegetales o arquitecturas góticas, aunque no



Ahora que parece haberse puesto de moda el turismo funerario conviene no perder de vista nuestro cementerio, auténtico museo al aire libre

faltan las más elaboradas, con escenas como la Resurrección o el Bautismo de Jesús.

También el hierro forjado está presente, tanto en cruces como en rejas. En ambos casos se trabaja a base de curvas y contracurvas superpuestas y combinadas formando corazones, rombos o lágrimas. Estas piezas se pueden enriquecer con la adición de flores y hojas de fundición. Es un trabajo que ha de relacionarse con la rejería doméstica, con las rejas que cierran las ventanas y balcones en el tránsito del siglo XIX al XX. La rejería parte de los ejemplares clasicistas, caracterizados por el predominio de las líneas verticales y la de-

coración geométrica y evoluciona hacia composiciones cada vez más decoradas y movidas hasta el modernismo, cuando se introducen los motivos de inspiración floral y animal.

Ahora que parece haberse puesto de moda el turismo funerario conviene no perder de vista nuestro cementerio, auténtico museo al aire libre en el que todavía se pueden tocar las obras de arte, un placer que permite comprobar con el tacto la diferente incidencia de la luz en las superficies. Este recinto conserva una curiosa colección de escultura contemporánea y aquí el visitante atento puede encontrar un completo jardín de piedra con numerosas especies vegetales (hiedra, laurel, encina, parra virgen, rosas, lirios, azucenas, nomeolvides, pensamientos, flores de adormidera) y también un pequeño zoológico de seres reales (mariposas, palomas, leones, águilas) e imaginarios (arpías y dragones). Es un lugar poblado de ángeles y en el que reina la Virgen del Carmen. Un lugar casi desconocido de Calahorra.



Cruz de forja junto a la entrada principal.

Virgen del Carmen del panteón de Germán Tamayo.

